

Ejes conceptuales del pensamiento de Horacio Quiroga

En este trabajo se intenta precisar algunos conceptos teóricos del pensamiento de Horacio Quiroga, apoyándose en los cuentos que transcurren, ya sea real o utópicamente, en el espacio de la selva

Como es sabido, es al descubrir Misiones cuando el escritor experimenta un vuelco en sus ideas, al hallar una alternativa a la realidad social. Lo que despierta la realidad misionera en él es la convicción de haber encontrado el lugar exacto para llevar a cabo su formación personal, el ámbito idóneo donde realizar su ideal de hombre. Quiroga establece en esta geografía una práctica precisa por la que enraizar su existencia, después y al tiempo en que es golpeado por un azar tan intenso que semeja un destino implacable. De este modo, en torno a ese mundo natural va a desarrollar lo más característico de su pensamiento, aunque es innegable que la sociedad, que aparentemente lo ha expulsado de sí misma, persiste dejando una huella constante en su proyecto ideológico: una referencia intermitente, incluso una nostalgia de ella. Ahora bien, esta ruptura con la comunidad social no se acompaña de una relación completamente homogénea con la selva, por el contrario, es más bien una relación conflictiva que podría denominarse de «homogeneidad contradictoria». No es una casualidad el hecho de que la naturaleza en su producción cuentística sea por primera vez adversa y violenta.¹

Hacia una descripción del pensamiento quiroguiano

Para penetrar en la cosmovisión del autor es preciso analizar los conceptos que laten internamente. Son éstos, fundamentalmente, los de ser individual, libertad y naturaleza, junto a otras categorías que de ellos devienen lógicamente. No es difícil localizar la genealogía de las ideas quiroguianas e identificar su corpus ideológico. (Sobre todo deben tenerse en cuenta los cinco últimos cuentos de *El Desierto*, *Los Desterrados* y otros como «El salvaje» o «Los fabricantes de carbón».) Este postula que la realidad social y el devenir se explican por medio del principio teórico de la esencia humana, concebida como libertad y razón. Si la libertad constituye su esencia, el hombre sólo sería libre en cuanto es razón. La libertad, entonces, es interpretada como propiedad del

¹ Afirma Monegal: «Lo que él estaba descubriendo en plena selva sería el camino que habría de recorrer buena parte de la narrativa hispanoamericana de su tiempo, desde José Eustasio Rivera con su *Vorágine* (1924) hasta Rómulo Gallegos con su *Doña Bárbara* (1929)». Emir R. Monegal, «Tensiones existenciales. Trayectoria», en Angel Flores, *Aproximaciones a Horacio Quiroga* (Caracas: Monte Avila, 1976), p. 16.

hombre, como atributo metafísico. El cambio de actitud del autor se manifiesta en el giro particular que imprime a este planteamiento original: la sustitución de la razón por la voluntad. Desde este instante la razón ya no guía el despliegue de la libertad, la voluntad toma su puesto, se erige en vigilante exigente de la actividad espiritual. Complementariamente, el espacio natural reemplaza al social como posible marco armónico del ser humano.

De todo esto nace una doble consecuencia: *a)* la actividad arriesgada, que tiene el objetivo de forjar la personalidad y de hallar la norma moral propia; y *b)* la relegación a un segundo plano de la razón como medio para solucionar las contradicciones entre individuo y sociedad o realidad. Lógicamente, el esquema quiroguiano, subyacente en sus cuentos, va a ser el de la formación de un *hombre de carácter*. Esquema al que se pliegan la mayoría de los personajes con los que el autor se identifica, en la suposición de que una vida de confrontación es la única que puede concederle una razón suficiente a su existencia. Este tipo de hombre se define tanto por la adopción más exigente de la libertad, no ligada a base socio-histórica alguna —y, por tanto, metafísica— como por el individualismo más acendrado. Los medios para realizar este proyecto ideológico son la lucha ardua y el trabajo personal.

Así pues, Quiroga se encamina hacia la formulación de una norma ética fuertemente individual que se va a ver reflejada en sus cuentos, en los que surgen repetidamente personajes que han organizado sus vidas en torno a este código privado. En «Polea loca», el gobernador de la isla, después de abandonar todas las actividades de su cargo, ha decidido dedicarse exclusivamente a ocupaciones «naturales» y personales. De este modo, comenta el narrador: «mi hombre... proseguía balanceándose, muy satisfecho de la norma a que había logrado ajustar su vida». Y en el «desterrado» Van Houten se descubren preceptos semejantes: «... al punto de que parecía haber ajustado la norma moral de su vida a esta independencia de su trabajo».

Paralelamente, para el autor la esencia misma de la selva está formada por una unión contradictoria entre libertad y férrea voluntad de sus leyes. Esta doble apoyatura constituye la norma de conducta y vida de los seres selváticos, y los guía en su enfrentamiento y convivencia. Pero esta práctica, en realidad no es más que la misma ley que rige para el hombre de carácter: la existencia en constante peligro de muerte y en constante valoración del entorno:

La normalidad de la vida en la selva es bien conocida. Las generaciones de animales salvajes se suceden unas a otras y unas en contra de las otras en constante paz, pues a despecho de las luchas y los regueros de sangre, hay algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz.²

Se puede extraer una conclusión de este planteamiento: la naturaleza es interpretada más allá de una escisión social. H. Quiroga se refiere al movimiento continuado, sin rupturas, heredado, de las especies; los seres y acontecimientos se *sucedan*, la imagen del proceso es la de la evolución en el seno de la unidad de la naturaleza. Por esta causa, deduce una estabilidad entre pasado y futuro, una eternidad semoviente del mundo

² Horacio Quiroga, «La patria», en *El desierto* (Buenos Aires: Losada, 1974), p. 114.

natural. En esta interpretación se descubre la idea de que la materia no se transforma cualitativamente, sino que permanece en su realidad íntima como algo estático, que registra exclusivamente un cambio estructural y uniforme, porque lo que cautiva a Quiroga de la selva es su identidad e inmutabilidad.

En el cuento «El salvaje», que da título a uno de sus libros, el autor expone una posible trayectoria de su pensamiento y las conclusiones alcanzadas. Por medio de un narrador intermediario, que aleja todo compromiso con lo que allí se relata, nos encontramos con un personaje que decide en su intención de purificarse, volver a los orígenes. En sus comentarios dice: «Regresión total a una vida real y precisa, como un árbol que siempre está donde debe...».³ Al margen de las evidentes interpretaciones psicoanalíticas, lo que importa en este momento es la relación de semejanza con el árbol, en ella se delata la presunción de una naturaleza que vive y crece unificadamente según una «armonía sangrienta». Es la pretensión constante de lograr la autarquía vital, pero que conlleva aspectos reveladores de las alternativas teóricas de Quiroga: refractándose en contra de su afán de afirmación personal aparece esta pasividad de la planta —del árbol—, el simple crecer y existir como razón suficiente. Ataraxia efectiva que descubre su máximo atractivo en su evolución autónoma, encuadrada en un mundo ajustado perfectamente. Esa vida así integrada sería un simple movimiento orgánico, de sucesión o *acumulación* en el que nada se supera cualitativamente, en el que nada se escinde. De este modo, se manifiestan claramente las dos imágenes extremas entre las que el autor uruguayo-argentino oscila y que se complementan: la actividad individual e incluso íntima en la que se encierra y la fusión con el cosmos, el yo comulgando con la totalidad. Del extremo individualista se pasa a la unificación supraindividual, marginando significativamente el estadio intermedio: la sociedad, la historia.

David Viñas apunta⁴ en su *De Sarmiento a Cortázar*, que la marcha de Quiroga a la selva y el «rechazo de la ciudad mercantil» es preciso considerarlo como una «variante del viaje modernista y del anarquismo individual». Pero, si bien es cierto que ambos factores están presentes, no es menos cierto que la reacción y el rumbo de sus ideas tienen una conexión fuerte con un tipo de literatura que por las mismas fechas se producía en Europa: la narrativa de la aventura personal y de la experiencia arriesgada. Es decir, son las obras de autores como Joseph Conrad, T. E. Lawrence o Rudyard Kipling, en las que se encuentra el aventurero de los países lejanos, que hace del peligro su norma vital e intelectual. «La tierra nos enseña más que todos los libros, porque nos resiste. El hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo», dice Saint-Exupéry.⁵ Y R. M. Albérès apunta:

Porque solamente a través del riesgo es posible entender el mundo para «poseer algo más que a sí mismo, escapar de la vida polvorienta de los hombres que encontraba cada día». La aventura, desprovista de toda finalidad exterior, es la única experiencia de conquista en que el hombre puede situarse en relación con el mundo.⁶

³ Horacio Quiroga, «El salvaje», en *El salvaje* (Buenos Aires: Losada, 1963), p. 9.

⁴ David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. (Buenos Aires: Ediciones Siglo veinte, 1971), p. 55.

⁵ Citado en R. M. Albérès, *Panorama de las literaturas europeas 1900-1970* (Madrid: Al-Borak, 1972), p. 225.

⁶ R. M. Albérès, *ibid.*, p. 225.

En estos narradores se reconoce también la importancia de la voluntad y la ambigüedad entre querer hacerse con una personalidad enérgica y la inmersión en la acción o en el entorno natural por el que alcanzar, paradójicamente, su anulación personal. Por otra parte, estas ideas no se hallan lejos de las tendencias anarquistas mencionadas por diversos críticos, ya que los presupuestos teóricos son semejantes: importancia de la acción, libertad absoluta, individualismo, valoración de lo natural, etc.

De esta manera, la dureza de la vida va haciendo al hombre quiroguiano más dominador de su entorno, le permite confiar en que su vida transcurrirá según el imperativo de esa norma moral que organiza su ser. En sus cuentos misioneros se van a repetir los personajes que viven sus experiencias con interna satisfacción en medio de condiciones difíciles: Dréver y Rienzi cargando el artefacto de cinc bajo el terrible sol de mediodía o sufriendo las temperaturas gélidas de la noche; el trabajo en la cantera de Van Houten bajo el mismo sol; la lucha contra el techo de incienso o la tranquilidad de Briand ante el inacabable diluvio. En estas vidas el acento está puesto sobre la dimensión moral, sobre la voluntad, y los datos que nos detallan determinada circunstancia no son tanto interés por conocer la realidad en torno, como por dejar bien claro las condiciones en las que el espíritu tiene que combatir y formarse. Por esto, los personajes que temerariamente prueban un bote en las aguas turbulentas del Paraná, al tiempo que una borrasca se aproxima, como acontece en «El yaciyateré», y la pugna por poner en marcha una máquina para fabricar carbón, tienen un elemento en común: el riesgo o la experiencia ardua que macera la personalidad. La atracción de Quiroga por estos valores conduce en *Los Desterrados*, a centrar la acción en una actividad constante bajo la agresividad del entorno y en la aparición de unos actantes consumidos por su permanencia en el trópico. No obstante, éstos siempre poseen unas vivencias personales importantes y en ellos surge una solidaridad peculiar, basada en el reconocimiento de la misma independencia de carácter.

La entrega a los ideales y la gratuidad del esfuerzo

Los presupuestos ideológicos fundamentales —libertad, rectitud moral, voluntad— son el origen y constituyen los ideales del autor de *Anaconda*. El ideal, ya sea sentimiento de libertad o de amor o de cualquier otro sentimiento espiritual, es siempre una pulsión interna, profundamente individual y asocial, y que en su conjunto crea la norma moral. Esta energía interior arrebatada al hombre, pero, a su vez, éste tiene que vigilar para no caer en ninguna transigencia o contemporización. Quiroga cree que el interés o el autoengaño amenazan constantemente y esto es por lo que es necesaria una vida de esfuerzo y purificación constante. La búsqueda de la realización del ideal presupone la pureza de la entrega, lo que implica la aparición de la generosidad, la sinceridad y el no conceder importancia a las posibles circunstancias adversas como el sufrimiento y la muerte.

Siguiendo este modelo de actuación se consigue lo que más se anhela, su paz íntima y la transformación en un ser ejemplar; o lo que es lo mismo, se obtiene el ideal del hombre. En resumen, es preciso que este conjunto de tendencias modélicas sea la norma de conducta. El no entregarse al impulso del sentimiento provoca la pérdida de